

Migrantes y desplazados en las ciudades

La negociación de identidades culturales y políticas

Es por esta razón que el inmigrante es la figura emblemática de la sociedad moderna. El inmigrante está a la vez integrado y es ajeno a la sociedad en que vive, y ésta debe reconocer su experiencia y su palabra, debe vivir su presencia no como una amenaza sino como el retorno de una parte de la experiencia humana de la que esta sociedad se había privado o había perdido¹.

Alain Touraine

MIGRANTS AND DISPLACED PERSONS IN THE CITIES THE NEGOTIATION OF CULTURAL AND POLITICAL IDENTITIES

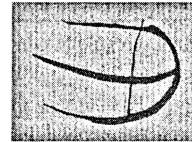
This article attempts a political and cultural approach to migratory processes and forced displacement. These are not solely a source of decomposition and deconstruction of the city, but also allow us to perceive the emergence of new subjects that demonstrate the existence of pluralism and the capacity to co-produce processes of urbanization, informal economy, popular culture and community organization. The public and social actions of the new inhabitants of the cities (migrants and displaced persons due to violence) are related to the meaning and possibility that their cultural and socio-political forms may constitute multiple platforms for resistance, and for the struggle to obtain the recognition of their rights to the city.

MIGRANTS ET DÉPLACÉS DANS LES VILLES LA NÉGOCIATION D'IDENTITÉS CULTURELLES ET POLITIQUES

Cet article propose une approche politico-culturelle des processus migratoires et du déplacement forcé. Ces phénomènes ne sont pas seulement une source de décomposition et de déstructuration de la ville, mais ils permettent de sentir comment surgissent des nouveaux sujets qui mettent en évidence la présence de la pluralité et sa capacité de produire à la fois les processus d'urbanisation, l'économie informelle, la culture populaire et l'organisation communautaire. L'exercice publico-social des nouveaux citoyens (migrants et déplacés par la violence) est en relation avec la signification de la possibilité que leurs formes culturelles et socio-politiques se constituent en plates-formes multiples pour profiter, résister et influencer sur les luttes pour la reconnaissance du droit à la ville.

MIGRANTES Y DESPLAZADOS EN LAS CIUDADES LA NEGOCIACIÓN DE IDENTIDADES CULTURALES Y POLÍTICAS

En el presente artículo se propone un enfoque político-cultural sobre los procesos migratorios y el desplazamiento forzado. Ellos no sólo son una fuente de descomposición y desestructuración de la ciudad, sino que permiten palpar cómo surgen nuevos sujetos que ponen en evidencia la existencia de la pluralidad y su capacidad de coproducir los procesos de urbanización, la economía informal, la cultura popular y la organización comunitaria. El desempeño público-social de los nuevos pobladores urbanos (migrantes y desplazados por la violencia) está relacionado con el significado y la posibilidad de que sus formas culturales y sociopolíticas se constituyan en plataformas múltiples para aprovechar, resistir e influir en las luchas por el reconocimiento del derecho a la ciudad.



INTRODUCCIÓN

En el presente artículo se toma distancia de los enfoques antropológicos y sociológicos que hablan del campo y de la ciudad como polos adversarios, como portadores de referentes antagónicos entre la tradición y la modernidad, entre el arraigo al terruño y el desarraigo total en la ciudad. Igualmente, se hace un llamado a trascender visiones estigmatizadoras y excluyentes de los sectores populares, y a reconocer el pleno derecho a la ciudad para estos pobladores.

El enfoque propuesto en estas reflexiones² plantea los procesos migratorios y los desplazamientos como experiencias cargadas de significados para aquellos que asumen el reto de (o son forzados a) dejar el campo y toman la decisión de quedarse en la ciudad³. Contrario a las visiones que sólo ven en estos fenómenos una fuente de descomposición y desestructuración de la ciudad, estamos convencidos de que, en ciudades como las nuestras, la fundación de la modernidad y el surgimiento de los sectores populares tienen mucho que ver con la migración y el desplazamiento, pues también a través de estos procesos es posible palpar cómo surgen nuevos sujetos que ponen en evidencia la existencia de la diferencia, la heterogeneidad. Ello se expresa en el proceso de *colonización urbana*, en el cual, mediante múltiples estrategias y una diversidad de valores, demuestran su capacidad de producir o, mejor dicho, coproducir los procesos de urba-

¹ Alain Touraine, *¿Qué es la democracia?*, México: Fondo de Cultura Económica, 1992, pág. 204.

² Es en investigaciones como las de Eric J. Hobsbawm y Albert Soboul, y más claramente todavía en las de Edward P. Thompson, donde se hace presente un cambio de perspectiva: la asunción de la dimensión política que atraviesa y sostiene los movimientos de protesta articulando formas de lucha y cultura popular. Véase Jesús Martín-Barbero, "Cultura política de la resistencia popular", *De los medios a las mediaciones*, Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 1987, págs. 124-132.

³ Carlos Franco, *Exploraciones en 'otra modernidad': de la migración a la plebe urbana*, en *Revista Fin de Siglo*, núm. 5, Santiago de Cali: Universidad del Valle, junio de 1993, págs. 16-32.

nización, la economía informal, la cultura popular y la organización comunitaria.

VIDA URBANA Y NEGOCIACIÓN DE IDENTIDADES

¿Con cuál ciudad se topan los migrantes? Diversa de manera característica, por posibilidad y por necesidad. Así se desprende de esa sencilla definición de la condición urbana, si se quiere fundadora de las ciencias sociales de la ciudad, hecha por Louis Wirth en 1938: heterogeneidad generalizada.

Dado que la población de la ciudad no se reproduce a sí misma, ha de reclutar a sus inmigrantes en otras ciudades, en el campo y en otros países. La ciudad ha sido así históricamente crisol de razas, pueblos y culturas, y un vivero propicio de híbridos culturales y biológicos nuevos. No sólo ha tolerado las diferencias individuales: las ha fomentado. Ha unido a individuos procedentes de puntos extremos del planeta porque eran diferentes y útiles por ello mutuamente, más que porque fuesen homogéneos y similares en su mentalidad (Wirth, 1988: 37-38). Pero nada desmentiría la verdad de que si el llamado inmigrante ha venido es porque ha sido antes interpelado para venir, convocado: tiene pues derecho a la ciudad⁴.

En este sentido, corresponde develar los falsos problemas creados por la teoría de la modernización: las diferencias culturales como obstáculo, la oposición de la tradición contra la modernidad. Investigaciones antropológicas de la última década han demostrado que los microclimas culturales adaptados por los migrantes, al contrario de ser un inconveniente, se revelan como instrumentos adaptativos de la máxima eficacia para la modernización urbana.

La cultura no es una forma orgánica, como decían los románticos, ni tampoco está estructurada como una lengua, es decir, en ella no todo está íntimamente interrelacionado, y la introducción de un elemento nuevo no conlleva una modificación de los otros elementos presentes. Al azar de los encuentros, de los viajes, de las modas, de las catástrofes naturales, las poblaciones —y por tanto las culturas, aisladas hasta entonces—, entran en contacto; integran entonces unos segmentos de culturas extrañas, sin necesidad de transformarse de arriba abajo. Las culturas no son sistemas en el sentido estricto, sino conglomerados de fragmentos de origen diverso⁵.

Esta idea de cultura nos pone de presente que debe hacerse hincapié en el individuo, la familia o el grupo local y en sus esfuerzos de transformación, que suponen a la vez continuidad y discontinuidad, participación en una sociedad nueva y preservación de una identidad cultural. Así, pues, debería hablarse menos de encuentro entre culturas y más de historias de individuos que pasan de una situación a otra y que reciben de varias sociedades y de varias culturas los elementos con que se formará su personalidad. Todas estas

ideas van en contravía del lamento culturalista y conservadorista del desarraigo. Lo dijo Todorov⁶: en contra de la metáfora tendenciosa del arraigamiento y del desarraigo, diremos que el hombre no es un árbol, y que éste es su privilegio. Plutarco enseñaba: “El hombre no es una planta, hecha para permanecer inmóvil y que tenga sus raíces fijadas en el suelo donde ha nacido”.

En este mismo sentido, los *usos* modernos de la tradición, tal como nos lo recuerda Manuel Delgado, se refieren a sentimientos de diferenciación que son estrategias de adaptación a la complejidad y opacidad de las macrosociedades urbanas; a cierta lealtad a formas de sociabilidad y pautas culturales —reformulables de múltiples maneras— que permiten a los migrantes controlar mejor las nuevas situaciones a las que tienen que adaptarse. Ellos mismos, en su condición de actores, se ven abocados a establecer y restablecer sus relaciones mutuas, modificándolas o renunciando a ellas en función de las exigencias de cada *situación*. Con este argumento, Manuel Delgado destaca a la vida social como un proceso mediante el cual los actores resuelven colectivamente los problemas, modificando la naturaleza y la persistencia de sus soluciones⁷.

Pero la ciudad produce otros mecanismos de diversidad cultural, ahora por una lógica identitaria de intensificación-diferenciación interna a las ciudades. Se trata de nuevos estilos de la experiencia urbana, que en vez de vínculos de religión, lengua, familia, territoriales o histórico tradicionales, son redes de comunicación basadas en parámetros estéticos y que se manifiestan como escenas, actos y momentos en donde hay una apropiación del tiempo y el espacio de la civilidad haciendo público el espacio urbano.

Los procesos de heterogeneización incuban otras lógicas identitarias urbanas que tienen la peculiaridad de ser simbólico-expresivas, basadas en parámetros estéticos y escenográficos y no en vínculos de religión, de idioma, de parentesco, de territorio o histórico-tradicionales. Son redes comunicacionales compartidas que hacen una apropiación del tiempo y el espacio civiles con estrategias de ritualización constante o periódicamente activadas en el espacio urbano. “Lo significativo es que los componentes de estas microculturas urbanas emplean para reconocerse intersubjetivamente un criterio que no se funda ya, como en las sociedades ‘tradicionales’, en un concierto entre conciencias, sino más bien en un conglomerado de experiencias compartidas”⁸.

Las formas de estar y sentirse juntos, los modos de comunicarse o las nuevas formas de sociabilidad⁹ con las que la gente enfrenta la heterogeneidad simbólica y la inabarcabilidad de la ciudad, adquieren una expresión más

significativa

⁴ Citado por Manuel Delgado Ruiz, *La identidad de los inmigrantes. Etnicidad y usos simbólicos del espacio urbano*, Universidad de Barcelona: Institut Català d'Antropologia, mimeo, 1996, pág. 3.

⁵ Alain Touraine, *op. cit.*, pág. 111.

⁶ Tzvetan Todorov, *Las morales de la historia*, Barcelona: Paidós, 1993, pág. 112.

⁷ Manuel Delgado Ruiz, *Ciudad líquida, ciudad interrumpida. La urbs contra la polis*, Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, 1999, pág. 9.

⁸ Manuel Delgado Ruiz, *La identidad de los inmigrantes*, *op. cit.*, pág. 7.

⁹ Jesús Martín-Barbero, *Mediaciones urbanas y nuevos escenarios de comunicación*, Ponencia al VII Congreso de Antropología en Colombia, Medellín: 1993, 31 págs.

significativa en los cambios que atraviesan los modos de experimentar la pertenencia al territorio y las formas de vivir la identidad.

Esta experiencia cultural es variable y contradictoria: tiene que ver con los modos de organizarse para enfrentar la vida, con las marcas fundacionales ligadas a la conquista y fundación de un territorio, a la defensa del asentamiento y a la lucha permanente para incluirlo en la ciudad; tiene que ver además con significados de historias colectivas de ayuda mutua, solidaridad y asociacionismo. Se configura de esa manera un poblador urbano portador de una diversidad de posiciones sociales, roles y funciones, que en medio de los conflictos, las negociaciones y las mutuas adaptaciones lo lleva a estar vinculado y escindido a la vez del proceso modernizador. Es decir, los pobladores se transforman a sí mismos y se adaptan innovativamente a la modernización en la misma medida en que la confrontan. Se convierten en colonizadores-colonizados de la ciudad; no es ni en contra ni a favor de la modernización sino por su intermedio que ellos producen estos cambios.

Es en medio de esta fermentación social y cultural que los sectores populares le dan forma al estallido de la ciudad y su autoconversión en culturas populares urbanas. Ella no sólo modifica el mapa cultural del país, sino que compete con la cultura de las clases altas y medias; rehaciendo las formas de identidad y de participación contribuye a forjar una cultura política que mira a la sociedad como algo que puede ser reformado, alimentada con una experiencia de movilidad social hecha de mezcla entre pueblo y masa, de entrelazamientos, sumisiones y resistencias, de impugnaciones y complicidades. Se trata de una dimensión política que, como ha investigado Edward P. Thompson, atraviesa y sostiene los movimientos de protesta —en este caso urbana— articulando formas de lucha y cultura popular.

Con los sectores populares de las grandes ciudades, salieron a flote nuevos conflictos y expresiones de una cultura urbana y moderna no prevista, no comprendida, no asumida, no dirigida ni aceptada por el Estado y la sociedad normalizada. La ciudad masificada es la expresión original, particular y conflictiva de la modernización y la urbanización en nuestras ciudades. Se busca la instalación en algún lugar físico y simbólico de la sociedad, pero este mismo proceso genera cada vez mayores presiones y produce cada vez mayor agresividad social e insatisfacciones¹⁰.

A los procesos de masificación urbana corresponde una ideología del ascenso social que se revuelve con aspiraciones justas por el derecho a la ciudad. Este es un fenómeno político que muy pocas veces ha sido reconocido como tal. Desde este momento puede hablarse, como brillantemente lo hacen José Luis Romero para América Latina y Jesús Martín-Barbero para el caso de Colombia, de un proceso continuo de “inserción de las clases populares en las condiciones de existencia de una sociedad de masas”. Se

instaura un tiempo de desarticulación de las formas tradicionales de participación y representación, y en las nuevas formas de enfrentamiento y acercamiento a la sociedad urbana priman las acciones de reforma y de luchas por la inclusión¹¹.

A través de las más variadas experiencias, fundamentadas en la “lógica de la oportunidad”, en las “artes del hacer” y en la utilización creativa de los escasos recursos con que cuentan, estos pobladores transfiguran-crean las ciudades y construyen formas diversas de ciudadanía. Con su esfuerzo puesto en común, invaden o adquieren lotes piratas y autoconstruyen viviendas y urbanizaciones, legalizan predios, ayudan a construir acueducto, alcantarillado, vías, escuelas, puestos de salud, parroquias. Con estrategias de supervivencia, actividades económicas informales y en algunos casos buscando trabajo en el sector moderno forjan *economías morales y estrategias de mercado*; crean variados lugares de encuentro, formas de sociabilidad y organizaciones que combinan con fiestas, celebraciones religiosas y civiles inscritas en relaciones de vecindad o compadrazgo.

Los nuevos pobladores urbanos, en todo momento, muestran cómo surgen nuevas causas, nuevos espacios e instancias, nuevos actores y estrategias para llevar a cabo las interacciones sociales, para participar en —o disputarse— la distribución de los valores y recursos de la sociedad. Es entonces, en la esfera de lo cotidiano, en las interacciones locales producidas por los migrantes y los desplazados, donde además de encontrar nuevas posibilidades de comprender las transformaciones culturales y políticas que se producen en la ciudad, se pueden auscultar las más diversas formas, prácticas y experiencias de ciudadanía que no se reducen a las formas institucionales, a los derechos y deberes consagrados en la ley. Sobre todo en contextos como los nuestros, cargados de una gran heterogeneidad y diversidad, de rupturas y transacciones entre la tradición y los procesos modernizantes.

Al aumento brutal de la presión migratoria y la incapacidad de los gobiernos municipales para frenar siquiera el deterioro de las condiciones de vida de la mayoría, la gente responde devolviendo vigencia a formas de supervivencia rural, a una ‘cultura del rebusque’ que viene a insertar, en los aprendizajes y apropiaciones que los pobres hacen de la modernidad urbana, saberes y relatos, temporalidades y sentires fuertemente rurales¹².

La adaptación cultural del mundo rural y pueblerino y su simbología permite a los pobladores urbanos recién llegados usar la historia y la cultura como recursos del desarrollo, como estrategias de supervivencia familiares y vecinales, pero a la vez los migrantes están involucrados en culturas de masas que conectan no sólo a éstas sino a las nuevas generaciones con el mundo de la industria cultural y la

¹⁰ José Luis Romero, *América Latina: las ciudades y las ideas*, México: Siglo XXI, 1976.

¹¹ Jesús Martín-Barbero, *De los medios a las mediaciones*, México: Gustavo Gilli, 1986, pág. 72.

¹² Carlos Monsiváis, *La cultura popular en el ámbito de lo urbano. Comunicación y culturas populares en Latinoamérica*, México: 1983, citado por Jesús Martín-Barbero para el caso de Colombia, de un proceso continuo de “inserción de las clases populares en las condiciones de existencia de una sociedad de masas”. Se

incorporación acelerada de nuevos valores relacionados con el consumo a través de los medios masivos de comunicación. Los grupos sociales presentes en la ciudad, principalmente los de barrios populares, también se encuentran en un ambiente de consumo cultural que permanentemente les ratifica que ellos deben participar de aquellas expectativas de vida ofrecidas por la industria cultural.

Estas estrategias culturales, enraizadas en la historia de sus propias condiciones de existencia, son una mezcla de intereses familiares y privados con otros asociativos y colectivos. Esta mezcla no la hace ni colectivista ni privatista, ni liberal ni comunitarista. La plebe urbana se ha dado maña para asociar un género colectivo de actuación frente al Estado, y ha acumulado recursos organizativos e institucionales que encarnan un *poder disponible*. Primero, la gestión de recursos-auxilios, y más recientemente la formulación y gestión de proyectos, han sido algunos de los aprendizajes y destrezas mejor ensayados, efectivos para canalizar recursos, sea a través de organizaciones sociales, organizaciones no gubernamentales o poniendo en operación los mecanismos de participación ciudadana consagrados en la Constitución.

La vida urbana, alimentada con sus nuevos pobladores, activa memorias urbanas¹³; se establecen relaciones de parentesco, vecindad, amistad y compadrazgo que ponen en marcha estrategias de ayuda mutua y solidaridad, entre cantidad de migrantes que se agolpan en las invasiones y los lotes piratas. Pero en los barrios populares, contrario a la "comunidad imaginada" y construida por las teorías orgánicas sociales y políticas, coexiste una gran diversidad de familias, de regiones, de valores, costumbres, y, ya en la ciudad, su objetivo en torno a lo común es una *re-construcción* que necesariamente se hace de conflictos, tensiones, transacciones y negociaciones morales, socioculturales y políticas de todo tipo.

MIGRANTES Y DESPLAZADOS: ESTRATEGIAS Y VALORES CULTURALES Y POLÍTICOS

La *liberación subjetiva* y la transformación de las coordenadas espacio-temporales producidas por o a través de la migración¹⁴ y del desplazamiento forzado, resultan ser decisivas para entender cómo se ha dado ese progresivo cambio del significado del espacio y del tiempo, y sus profundas consecuencias en el mundo de los valores, actitudes y motivaciones de los migrantes en sus estilos cognitivos y sus operaciones intelectuales y en la orientación de sus estrategias conductuales. Imponen nuevos retos, tensiones y negociaciones a la ciudad. Con su sola presencia, los desplazados de los nuevos asentamientos populares desafían radicalmente el orden de las ex-

clusiones y las jerarquías propias de la urbe, y presionan su acceso a los bienes y servicios propios de la ciudad, que han sido privilegio de unos pocos.

El migrante recién llegado, el desplazado que pide asilo a la ciudad, hace parte de ella en el momento en que toma la decisión de quedarse. Sin embargo, esa decisión del sujeto no implica un reconocimiento inmediato por parte de la ciudad y la sociedad de llegada, pues ellas se abrogan el derecho de inspeccionar y dictaminar sobre aquellos pocos a quienes dice reconocer como factor de enriquecimiento y desconoce a los demás, los más, por ser factor de descomposición. Se produce un proceso de inclusión-exclusión, un forcejeo en medio del cual se determina quiénes tienen derechos, quiénes pueden participar como ciudadanos plenos y quiénes quedan por fuera de esta categoría.

El migrante se puede definir como alguien que mantiene vínculos con su medio de origen, en especial con la familia, que además le permiten oponer resistencia a los obstáculos y las presiones con los que se enfrenta para caminar sobre el inestable terreno de un cambio a la vez colectivo y personal; pero al mismo tiempo se constituye como individuo con capacidades para construir un proyecto de vida. El sujeto personal y colectivo se mueve a la vez entre la identidad y la participación. Las culturas de partida y de llegada no son conjuntos coherentes, sistemas cerrados o cuerpos de valores que tengan que dificultar enormemente la comunicación. Por eso no se debe hablar de un antes y un después, a la manera de los análisis antropológicos funcionalistas.

Migrantes y desplazados realizan un doble esfuerzo; a la vez que mantienen vínculos con el lugar de origen, asumen el cambio colectivo y personal, y el reto de construir un proyecto de vida. Sus esfuerzos de transformación suponen a la vez continuidad y discontinuidad, participación en una sociedad nueva y preservación de una identidad cultural. Así, pues, debería hablarse menos de encuentro entre culturas y más de historias de individuos que pasan de una situación a otra y que reciben de varias sociedades y de varias culturas los elementos con que se formará su personalidad. Se fragua una lógica de la identidad urbana que muestra, antes que el desarraigo, estrategias de resistencia cultural: la negociación cultural, el conflicto, el cambio, la invención, la construcción.

Desde el momento mismo de emigrar hacia la ciudad, de sentirse interpelados y atraídos por ella, migrantes y desplazados experimentan profundas transformaciones subjetivas —modernizantes si se quiere— que es necesario valorar a fin de trascender aquellas visiones que sólo ven en ellos individuos desvalidos y premodernos. Muy por el contrario, desde el momento mismo en que cambian de lugar, migrantes y desplazados experimentan transformaciones que los empiezan a configurar como sujetos modernos que le imprimen

¹³ La memoria nos permite conducirnos, ser agentes de la continuidad y de la discontinuidad (Mead, 1929), traer el pasado al presente, reconstruirlo, darle forma y proyectarlo en el futuro, en un proceso sin fin, donde la experiencia, la polifonía, la pluralidad, el contraste e incluso la contradicción, son sus elementos nutrientes". Véase Félix Vásquez Sixto, *Vivir con el tiempo en suspenso: notas de trabajo sobre transiciones políticas, memorias e historia*, en *Anthropos*, núm. 177, marzo-abril 1998, pág. 71.

¹⁴ Carlos Franco, *op. cit.*, pág. 22.

nuevas dinámicas a la ciudad en su permanente lucha y negociación por hacerse un lugar en ella, por incluirse como ciudadanos.

Migrantes y desplazados están poniendo en evidencia la manera como se forma “un público” a partir de actores que son a la vez colonizados-colonizadores de la ciudad, donde lo público se va estructurando como lo abierto a todos. La ciudad se convierte, entonces, en objeto de disputa por el derecho a ella entre nuevos y viejos colonizadores urbanos. Y en esa disputa los migrantes —extraños primero y luego miembros de la ciudad— ponen en operación saberes, destrezas y experiencias ciudadanas que se develan como los lugares por donde gravitan las nuevas formas de ciudadanía y muestran de qué manera se produce una suerte de ensanchamiento o ampliación del escenario político¹⁵.

Los desplazados traen consigo su biografía, marcada por las características socioculturales de la comunidad de procedencia, el rol social que habían cumplido en ella y unas destrezas sociales y culturales. Traen también entre sus valijas, las historias de violencia y las marcas propinadas por los actores y motivos que los hizo abandonar su terruño. Es todo esto lo que les permite construir y reconstruir relaciones de vecindad, pero también conflictos, y es lo que va a marcar definitivamente la manera de ser y habitar los nuevos territorios, los barrios de llegada. Lo que los desplazados han venido a anunciar y a confirmar es la gran heterogeneidad que marca y ha marcado a la ciudad, siempre construida desde los “pedazos” de región que los desplazados de otras décadas, los migrantes económicos y los destechados intraurbanos, les han aportado a las urbes de hoy.

Formas de nombrar, de relacionarse, técnicas para construir sus casas, pautas de crianza, dietas alimentarias y estrategias de expresión de las más diversas procedencias regionales, se ponen en escena en las ciudades, donde empiezan los forcejeos, las tensiones y negociaciones para hacer posible la copresencia en medio de la diferencia. “Los desplazados... dejan huellas y van aportando nuevos elementos; pues además de la historia de violencia, se trae una cultura que se expresa y se suma a las otras haciendo heterogéneo, y aún más complejo, el espacio sociorrelacional, pues en él convergen duelos, esperanzas, proyectos de vida e identidades regionales diversas”¹⁶.

Las imágenes y representaciones del desplazado oscilan entre el *desplazado damnificado* y el *desplazado bandido*. La primera representación activa sentimientos de conmiseración y condolencia que se expresa en la limosna y la compra de dulces en los buses y semáforos; pero también activa las solidaridades vecinales y hasta familiares durante los primeros meses, mientras se insertan en las tramas de la ciudad, a fin de garantizar por esa vía ele-

mentos fundamentales para la subsistencia: comida, vestido, techo.

La representación del desplazado bandido según los cuales si alguien es amenazado y tiene que dejarlo todo, por algo será; alguna deuda sin saldar tendrá. Los desplazados son vistos entonces, no como víctimas de la guerra sino como actores del conflicto armado, que están involucrados con cualquiera de los bandos. Se generaliza la idea de que no son personas de fiar, son asociados con delincuentes, y su llegada al barrio es percibida como fuente de inseguridad. Éstos “...opinan que detrás de los desplazados vienen los problemas, los asalta el temor de que éstos hereden y traigan una historia de enfrentamientos que agudice o reviva los conflictos en el barrio”¹⁷.

Los desplazados de hoy vienen a activar o redimensionar los conflictos políticos y de convivencia barrial que han enfrentado los barrios populares, y que a su vez habían tenido un anclaje en las historias de procedencia pasadas. Barrios marcados por la aparición de fenómenos urbanos como el pandillaje, las milicias y las bandas, se realimentan con las disputas territoriales que grupos armados como la guerrilla y los paramilitares trazan abiertamente sobre la ciudad. Son barrios marcados por la ocurrencia de masacres y ajusticiamientos, pero también por un alto índice de inseguridad que ha llevado a la estigmatización de sus habitantes. “Hoy como ayer, se trata de escenarios de vida y muerte, de conflictos y negociaciones, de exclusiones e inclusiones y de una gran estigmatización sentida y padecida por sus habitantes”¹⁸.

Los desplazados desencadenan dinámicas sociales marcadas por la desconfianza y la prevención que se creían superadas en los barrios conformados hace 20 o 30 años. La manera sigilosa en que llegan los desplazados, el ocultamiento de las razones por las cuales abandonaron sus tierras, llevan a instaurar aquella idea de que “no se sabe quién es quién”.

Los conflictos en la convivencia cotidiana que se desencadenan por la heterogeneidad, expresada en las diversas culturas regionales de procedencia, nos muestran, sobre todo en los asentamientos de desplazados, que en ellos no se instaura un comunitarismo homogeneizante sino que las diferencias perviven, en medio de las cuales tienen que inventar distintas estrategias para garantizar el control social de quienes allí habitan. Estrategias que van desde la existencia de figuras coordinadoras y dirigentes, hasta las comisiones de vigilancia y el control de algún grupo armado, que permiten resolver los asuntos de la vida privada, los conflictos intrafamiliares y vecinales. Pero hacia afuera, en sus estrategias de lucha por el reconocimiento y la inserción en la ciudad, se presentan como el objetivo común que está por encima de las diferencias culturales y políticas.

¹⁵ Amparo Menéndez Camión, *Para pensar la cuestión de la gobernabilidad desde la ciudadanía: dilemas, opciones y apuntes para un proyecto*, *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, II Época, núm. 1, vol. 1, 1991, pág. 83.

¹⁶ Marta Nubia Bello y Claudia Mosquera, *Desplazados, migrantes y excluidos: actores de las dinámicas urbanas*, en *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*, Fernando Cubiles y Camilo Domínguez (eds.), Observatorio Sociopolítico y cultural, Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Santafé de Bogotá: 1999, pág. 466.

¹⁷ *Ibid.*, pág. 466.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 462.

La pobreza, la desposesión de derechos, la búsqueda de la inclusión se convierten en estrategias movilizadoras y en argumentos con los que entablan las negociaciones con el Estado y con entidades privadas que tienen como objetivo la población desplazada. Es esto lo que los lleva a establecer alianzas a fin de enfrentar la dureza de la sobrevivencia, realizando obras comunes, reaccionando ante el señalamiento de otros y diseñando estrategias de gestión para acceder a algunos recursos de que dispone el Estado.

A pesar de los obstáculos para la conformación del colectivo, la necesidad, la calamidad y la estigmatización han dado lugar a un sentido de pertenencia, a una identificación y... a una diferenciación. El esfuerzo colectivo, la solidaridad y el trabajo mutuo se convierten en claves para la construcción de las identidades barriales. Los desplazados a pesar de ser los "nuevos" en el barrio, no son del todo diferentes, ya que comparten con ellos su condición de migrantes pobres y la situación de anónimos y desconocidos en la ciudad que, anteriormente, los hoy establecidos padecieron¹⁹.

Esta tensión entre la solidaridad y la resistencia es reforzada por las amenazas y persecuciones que los actores armados han desplegado en las ciudades contra los desplazados, exacerbando así la posición ambivalente de las comunidades receptoras, demostrando que a pesar de no ver a los desplazados como seres anormales o inferiores, es claro que su presencia impacta la dinámica barrial, ya que se suman nuevos temores y desconfianzas a las que siempre los han acompañado. Asunto que se agrava por el desdén de la administración municipal que sólo ve el retorno como la alternativa al drama del desplazamiento forzado.

En las ciudades colombianas, los recién llegados y los que siguen llegando, junto con los que ya estaban en la ciudad, individuos, gru-

pos, familias y hasta culturas locales que siguen creciendo el número de los pobladores populares urbanos, reivindican un lugar bajo el sol de la ciudad, y para ello colonizan y se dejan colonizar. Con múltiples tácticas adaptativas e imitativas, poco a poco van siendo como los otros, sin dejar del todo su propio bagaje cultural, al que, poco a poco también, pueden sentirse afines los otros. Se producen, pues, negociaciones culturales en ambos sentidos. Aclimataciones simbólicas que barajan de nuevo las condiciones de la co-presencia en la ciudad. Hibridaciones, invenciones hechas de lo uno y de lo otro. Aculturación y culturización son procesos prácticamente imposibles de dar por terminados en la vida urbana moderna y contemporánea.

Como en décadas pasadas, los nuevos migrantes han llegado a las ciudades para hacer presión, para redefinir las centralidades y emprender sus *luchas por el derecho a la ciudad*. Aunque las ciudades principales, adonde llega mayoritariamente la población desplazada, cuentan con una carta de navegación y mucho se habla de que ahora sí están planificadas estratégicamente, el desplazamiento forzado de población pondrá cuestionamientos contundentes que mostrarán que las ciudades del siglo XXI estarán conminadas por las memorias urbanas de una injusticia moral, social y política con rostro de desplazado(a)²⁰.

Con todo y lo dicho anteriormente, no sobra resaltar, para terminar, que el desempeño *público-social de los nuevos pobladores urbanos está relacionado con el significado* y la posibilidad de que las formas culturales y sociopolíticas se constituyan en plataformas múltiples para aprovechar, resistir e influir en la construcción y reconstrucción de la sociedad, pero sobre todo en las luchas por el reconocimiento del derecho a la ciudad π



¹⁹ *Ibid.*, pág. 466.

²⁰ Secretariado Nacional de Pastoral Social. Sección de Movilidad Humana, Universidad de Antioquia, Instituto de Estudios Políticos, *Desplazamiento forzado en Antioquia. Valle de Aburrá*, Santafé de Bogotá: 2001, pág. 68.